

CAPITULO V.

BENDITO SEA EL FRUTO DE TU VIENTRE JESUS.

22. *Excelencia de la maternidad divina.*—En este capítulo, lector carísimo, concluiremos la explicación del Ave María, y lo haremos con tanto mayor gusto, cuanto que podemos asegurar que ella sola entraña todo lo que ya hemos dicho; y aun dice casi infinitamente mas: porque tal es el significado de estas palabras: *Y bendito sea el fruto de tu vientre Jesus.* ¿Pero dónde está esta alabanza, si ni siquiera se habla de María? Convento que en las palabras ya explicadas se dirige uno á María de un modo especial, que la saluda el Arcángel de primer orden que se humilla hasta el polvo; que la llama llena de la gracia de todas las criaturas y en grado mas eminente; que la denomina *el Señor es contigo*, para atestiguarnos hasta qué punto posee á Dios; y que la apellida la *bendita entre todas las mujeres*. Pero tambien es preciso convenir que en estas palabras *bendito sea el fruto de tu vientre Jesus*, se habla del Hijo, para hacer resaltar toda la grandeza de la Madre: y se dice que Jesucristo es su Hijo para publicar que María es su Madre. Divinas palabras; porque nos presentan á María *Madre de Dios*: y ellas solas nos hacen de Ella toda la alabanza y el mayor de sus encomios; y nos recuerdan todas sus excelencias y sus infinitos privilegios.

Porque por esto fué la escogida entre todas las criaturas; por esto fué concebida sin la culpa original; por esto desde el primer instante de su existencia tuvo mas gracia y mérito que todas las criaturas; por esto es sobre todos los ángeles y coros de la gloria; y para decirlo de una vez, de esta maternidad divina en María, se le siguen sus privilegios. Tal es lo que le decimos al pronunciar: *Bendito sea el fruto de tu vientre Jesus.* ¡Ah!

¿podrás no amar á María? ¿Podrás no honrarla continua y fervientemente? ¿Podrás no poner tus glorias en el rezo del Ave María?

Para que ignores menos la excelencia de María en fuerza de la maternidad divina, reflexiona que Ella es aquella Virgen á quien Dios eligió por Madre suya; y Madre tan gloriosa y digna de tanto mérito, que no quiso hacerse su Hijo sin recibir antes su consentimiento. ¡Oh María! ¡Oh Inmaculada y divina María! Tu hermosura es tan perfecta que ha enamorado al mismo Dios; y tu mérito es tan eminente, que te ha hecho digna de que Dios te mirase con singular amor. Por tí el Rey de los reyes desciende á la tierra; por tí el Hijo del Eterno, sin dejar su eterno descanso, fija su habitacion en tu purísimo vientre: y tus ojos, fijos siempre en la divina grandeza, no la perdieron jamas de vista. La elevacion á que fué sublimada María, es tal, cual sublime es la excelencia y grandeza de Dios: la hizo su Madre, y la exaltó á una altura superior á todos los coros de los ángeles: la hizo su Madre, y con esto hizo que superara á toda criatura, como supera el Criador á la hechura de sus manos: la hizo su Madre, y como tal, es la mas encumbrada sobre todo, y al paso que no es Dios, supera indeciblemente á todo lo que no es Dios: la hizo su Madre, y con solo esto la condecoró con tanta excelencia, que solo Dios puede comprenderla: la hizo su Madre, y el Evangelista con solo decirlo, incluyó en este pensamiento todas las grandezas: en suma, decir que María es Madre de Dios, es decir lo máximo y aun lo total de toda prerogativa y toda excelencia, y lo mayor que puede pensarse despues de Dios. A vista de esto, ¿quién será capaz de explicar estas palabras del Ave María? ¿Como dar á conocer el bendito sea el fruto de tu vientre Jesus? Solo diré algo, lector carísimo, para que ignores menos. ¡Oh María! hacedme la gracia de que diga solo lo que vos sois.

23. *María Santísima desde el primer instante de su Concepcion Inmaculada, tuvo un conocimiento perfecto de su futura elevacion.*—Así con esta gracia, apareceria María ya desde su primer instante, no de un modo comun y ordinario, sino como la futura Madre del Criador; y no solo se veria en Ella á la feliz criatura á la cual exaltó Dios, cuanto es capaz la mas excelente criatura.

Porque María con este conocimiento perfecto de su futura elevacion, parece que habia correspondido mas de lleno á todos los beneficios que recibiera de su Señor; que su gratitud fuera tanto mas marcada, cuanto eran mayores los beneficios que habia recibido, y que todos sus actos habrian ido acompañados de un no sé qué tan divino, que solo aquel Hombre que es Dios, puede corresponder de un modo mas perfecto. Este privilegio, que tal vez puede concederse á María, parece ser no una cosa nueva, sino ya comprendida en la salutacion angélica: porque así como estos saludos fueron los mayores, así suponen en el que los recibe el mayor número de gracias; luego suponen esta gracia del conocimiento perfecto de su futura elevacion.

El Angel la apellida la *llena de gracia*, y por tanto, la que no carece de una gracia en cierto modo necesaria, ó al menos siempre utilísima, para llegar á poseer toda la perfeccion á que Dios la llamara. Esta gracia pudo incluirla el Arcángel al afirmar que *el Señor es contigo*; porque esto afirma que Dios está con María de todos los modos posibles, y por tanto, con la gracia de este conocimiento perfecto de su futura elevacion á la divina maternidad. Por otra parte, á quien habia de recibir el todo de la union con Dios hasta identificarse con El, ¿se habia de negar esta gracia? La supone el *bendita eres entre todas las mujeres*, porque nos encontramos con criaturas que tuvieron el conocimiento perfecto de lo que les habia de suceder. Así, Adán y Eva conocieron que eran los futuros padres de todo el género

humano, que sus privilegios los constituian un poco inferior á los ángeles, que si pecaban los perderian todos y su descendencia seria desgraciada, y que si los conservaban bien, harian á sus hijos completamente felices. Noé conoció que era el Patriarca destinado á salvar el mundo; y con esto siguió aquella vida que lo hizo el Santo y el Justo: Abraham supo que Dios lo llamaba, que era el padre de los creyentes, que su generacion duraria por los siglos de los siglos, y que Dios mismo le tomara su nombre como para engrandecerse. Así Isaac vió que él era la imágen del Salvador; que sus dos hijos serian los jefes de un grande pueblo, y que de Jacob saldria la nacion de las bendiciones. Así Jacob conoció que era el varon de los trabajos, que los doce hijos serian los doce patriarcas del pueblo de Dios, les predijo lo que habria de acontecerles á cada uno, y que el Mesías saldria de la tribu de Judá. Y así San Juan Bautista conoció desde el vientre de su madre juntamente con la gracia que lo santificó; conoció, digo, que era aquel que habia de ser la voz de Dios, y lo habia de dar á conocer como á Angel del Señor. Y María, la causa segunda de toda la gracia, ¿cabalmente estaria privada de este conocimiento? Es cierto que pudo carecer de él así como tambien es cierto que lo pudo tener. De mi parte nada te determino; solamente deseo que consideres que si María no es Dios, tambien es una verdad que por su union casi hipostática con el Verbo se la pueda llamar divina: y por esto divina María la apellidan sus mas fieles devotos.

Nada mas noble que María, ya que Ella es la Madre de Dios: nada mas brillante, porque es la elegida por el esplendor del Padre: y porque decir que es Madre de Dios, es afirmar de Ella todo privilegio, toda prerogativa, toda excelencia, y aun toda gracia concedible á humana criatura y aun angélica: ¿y le negaremos el conocimiento perfecto de su futura elevacion, á la dignidad de Madre de Dios? Siguiendo á un gran doctor de la

Iglesia podriamos decir: Este conocimiento era conveniente á María: Dios se lo pudo conceder; luego de hecho se lo dió.

24. *María si es Madre de Dios es la criatura mas semejante á Jesucristo verdadero Dios.*—Tal es, lector carísimo, una de las mas bellas consecuencias que brotan de la divina maternidad! ¡Tal es la excelencia altísima de nuestra tierna Madre! porque si Jesucristo es Dios, María por ser su Madre es el principio de la santa humanidad de Jesucristo.

Segun la incuestionable verdad de que cada uno engendra lo que es, vemos que la práctica atestigua que cada animal produce el animal que es de su misma naturaleza; cada planta una planta de su misma especie; cada árbol, un árbol de su propia especie; y así los hombres blancos engendran á blancos; los negros á negros, y los indios á indios. El Espíritu Santo, para reforzarnos esta sentencia, nos ha dicho: *El padre ha muerto; pero es como si no hubiese muerto, porque en la persona de su hijo ha dejado quien le es semejante.* ¡Qué consecuencias tan bellas de este principio! ¡Qué grande y qué excelente aparece María! ¡Qué decimos, si no, al afirmar que bendito sea el fruto de su vientre Jesus? Afirmamos nada menos que María es semejante á Jesucristo; que todas las dotes excelentísimas que tiene Jesus, las tiene en algun modo María; que si el Hijo de Dios es el mas hermoso entre los hijos de los hombres, María es la mas hermosa; que si Jesucristo es el todo de todas las virtudes, María es su mas perfecto compendio: en una palabra, ¿quieres, lector carísimo, saber lo que es María? Dime lo que es su Hijo Jesus: porque si tal es el Padre cual es el Hijo; así tal es el Hijo cual es la Madre: por esto afirmo que si María es Madre de Dios, real y verdaderamente le conviene la mas íntima semejanza con su Hijo que es Dios.

Pero tanto esto es así, y de un modo tan exacto, que la carne de Cristo es la carne de María, porque de Ella fueron las pri-

meras gotas de su purísima sangre con las que el Espíritu Santo formara la humanidad de Jesus; porque con su misma sangre continuó alimentándolo durante los nueve meses; porque lo dió á luz como su verdadera Madre; porque con su leche lo nutrió, y por el total entrego que hizo de El á su Eterno Padre. ¡Oh amantísima María! ¡Oh quién te amara como mereces, María, Inmaculada y divina María! Ya que sois la augusta Madre de Dios, sed igualmente mi Madre; y á este fin yo me ofrezco por hijo vuestro en honra y gloria de vuestra divina maternidad. Madre mia, ahí teneis á vuestro hijo; y os suplico que me alcanceis la gracia de que nunca me aparte de Vos, mi tierna y mi querida Madre.

Bendito sea el fruto de tu vientre Jesus. ¿Y por qué se servirá de esta palabra fruto? Sin duda alguna que fué para darnos la idea mas divina que puede darse de la Santísima Virgen. Porque si por los frutos se conoce el árbol, como nos ha enseñado el Divino Maestro; é inferimos del fruto bueno la bondad de su árbol, del mismo modo que del fruto malo, lo pésimo del árbol que lo produjo, ¿qué diremos del árbol que ha producido á Jesus? Sin duda alguna que es lo mas semejante á Dios; que si el Verbo Divino está hipostáticamente unido con la humanidad, María lo está con Dios con la union mas estrecha despues de la hipostática; que si Jesus es el autor de la gracia, María es la que posee á toda la gracia; que si Jesus es el fruto bendito de su vientre, María es la bendita entre todas las mujeres; que existe la mayor semejanza entre Jesus y María; que las virtudes y cualidades, y gracias y excelencias de Jesus, son las excelencias y gracias y cualidades y virtudes de María, y que por esto se le dice divina María, porque hasta este punto convienen en la naturaleza la Madre y el Hijo. Todo esto le recordamos á María al decirle: *Bendito sea el fruto de tu vientre Jesus.* Si amas á María, si la tienes por tu Madre, si deseas

honrarla y que sea venerada de todos los cristianos, repite sin cesar el Ave María, procura que los demás la recen también, y no te descuides de decir de un modo el más fervoroso el *Bendito sea el fruto de tu vientre Jesús*.

25. *Devoción á la medalla milagrosa*.—Entre las devociones que agradan á la Santísima Virgen, una de las que ella más quiere es el uso de la medalla; y yo no puedo menos de ponderártela por los muchos bienes espirituales con que se haya enriquecida. Venera la medalla de la Virgen de los dolores, y toma la santa costumbre de rezarle todos los días siete Padre Nuestros y siete Ave Marías gloriados en honor y reverencia de sus dolores. La medalla de nuestra Señora de la Merced, es también muy útil, y puedes venerar á María rezándole todos los días cinco credos y Ave Marías gloriados, pidiéndole que nos libre de la esclavitud del demonio y del pecado. La medalla de la Anunciación es igualmente muy conforme á tu piedad, y te representa nada menos que la Encarnación del Hijo de Dios. Adórala mediante el rezo de diez Ave Marías gloriados.

Sobre todo te encargo la medalla de la Inmaculada Concepción, que en nuestros días se conoce con el dictado de milagrosa; y con razón, porque su origen es un verdadero milagro; su extensión un milagro, y sus operaciones son un conjunto de tales prodigios, que apenas los hay superiores. Cuando Nuestro Señor quiso que se declarase dogma de fe el misterio de la Inmaculada Concepción de su Madre, como para preparar el terreno se sirvió de esta medalla, donándola la Santísima Virgen á los cristianos, por medio de una Hija de la caridad; haciéndola entender que había llegado el momento de la declaración dogmática de este misterio, y que iba á servirse de esta medalla para dispensar á los mortales indecibles gracias, si ellos usasen debidamente de esta su ternura, y repitiesen con el debido afecto: *¡Oh María concebida sin pecado, rogad por nosotros*

otros que recurrimos á vos. La extensión de esta medalla es una cosa tan extraordinaria, que jamás se ha visto una cosa semejante, y todos le profesan un cariño especial, y le dicen con grande afecto que ruegue por nosotros. El dictado de milagrosa, se lo han dado los pueblos á vista de los innumerables prodigios de todo género que todos los días se renuevan.

Voy á referirte unos cuentos que hace muy poco tiempo que han sucedido. El primero es de una niña que se puso bajo la protección de la Concepción Inmaculada de María con el título de la milagrosa; se consagró á ella y la adoptó por su madre; puso en María su confianza como su verdadera hija; hizo su primera comunión como un ángel en carne; conservó su inocencia todo el resto de sus días; puso sus delicias en dar á María Santísima pruebas inequívocas de afectuosa hija; se le consagraba diariamente y comulgaba en sus principales festividades; y no obstante de vivir en una ciudad corrompida, llegó á los diez y siete años con todos los privilegios de la inocencia virginal. En una enfermedad grave que le sobrevino padeció dolores los más intensos; pero ella nunca perdía de vista la medalla milagrosa, la besaba con el mayor afecto, le pedía su bendición, y entregó su alma á Dios invocando con mucha ternura los nombres de María, María, María.

El segundo es de una hija de María que habiendo abrazado el santo matrimonio quiso santificarse cumpliendo bien todos los deberes de una madre de familia. A este fin consagró todos sus hijos á la Inmaculada Concepción y les inspiró la práctica santa de venerar este misterio por medio de la medalla milagrosa, y que repitiesen veinticuatro veces al día su jaculatoria: *¡Oh María concebida sin pecado, rogad por nosotros que recurrimos á vos!* Los acostumbró desde muy tiernos á que rezasen el Ave María delante de la Santísima Virgen; hizo que la rezasen de rodillas, con las manos puestas al pecho, sin voltear

la cabeza y con los ojos fijos en la imagen de María. Así se santificó esta buena madre, y así se santificaron todos sus hijos.

El tercero es de un jóven que habia hecho profesion de ser malo, porque era blasfemo, jurador, irreligioso, impío; mataba á sus padres con disgustos, se peleaba y heria; todas las deshonestidades habian entrado en su corazon. ¿Y qué remedio? No lo habia en lo humano, porque ni sus padres, ni sus parientes, ni los buenos amigos, ni los sacerdotes, ni cosa alguna pudo hacerle mudar de vida y de costumbres; sino que obstinado en el mal, continuaba cometiendo todos los crímenes. Una hermana suya, á quien respetaba un poco, le pidió un favor, y este fué que se colgase una prenda que le iba á dar, y que por mañana y tarde rezase una Ave María, con su advocacion. El jóven aunque completamente irreligioso y bufon, pero por condescender con su hermana tomó la medalla, la besó, rezóla el Ave María, añadió la jaculatoria que dice: *¡Oh María concebida sin pecado, rogad por nosotros que recurrimos á vos!* Y, ¡oh prodigio! Apenas habia concluido, cuando dos lágrimas rodaron por sus mejillas, se abraza con su querida medalla, derrama un mar de lágrimas, y el jóven impío era ya un perfecto cristiano.

El cuarto es de un español que enfermo gravemente no queria confesarse, no obstante de haber pasado mas de treinta años sin haber cumplido este deber de todo cristiano. Sus amigos, viendo que su muerte era cierta y aun pronta, le hablaron con la dulzura y firmeza requeridas, pero en vano. Algunos sacerdotes le hablaron tambien, pero recibieron la misma negativa. Mas he ahí que habiéndole entregado cierta persona la medalla milagrosa, la besó, rezóla una Ave María, invocó su patrocinio con la jaculatoria: *¡Oh María concebida sin pecado, rogad por nosotros que recurrimos á vos!* é inmediatamente se sintió su corazon tan mudado, que llamó á un padre y le dijo que se queria confesar; lo hizo generalmente, y murió con todos los senti-

mientos de piedad y reverenciando y honrando á su querida medalla.

El quinto es el de un francés que á la vida licenciada de soldado, habia añadido las ideas mas avanzadas de la incredulidad. Su vida se acababa por momentos, y él hacia alarde de todos los crímenes, y manchaba sus labios con las mas horrendas blasfemias. En tan triste situacion, la hermana de la caridad N. creyó que era completamente inútil no solo hablarle de confesion, mas ni siquiera de Dios. Llena esta buena hermana de confianza hácia la medalla milagrosa, piensa en dársela, para que la Santísima Virgen muestre que es la Madre de Aquel infeliz. Mas temiendo irritarlo, se contenta con ponerla debajo de su almohada. Inmediatamente se durmió el enfermo; despierta á los pocos minutos, llama á la hermana, llora . . . y le dice que quiere confesarse. El sacerdote lo confesó, le administró los santos sacramentos y murió abrazado con su medalla, besándola y repitiendo el *¡Oh María concebida sin pecado, rogad por nosotros que recurrimos á vos!*

El sexto . . . pero cuando acabaria, lector carísimo, de contarte los mil y mil casos cual mas prodigiosos obrados en fuerza de la gracia que María ha colocado en esta medalla: esto es mas que suficiente para que te procures la medalla milagrosa, para que la repartas á todos cuantos pudieres y les inculques algunas de las devociones que encuentres marcadas en esta obrita.

CAPITULO VI.

SANTA MARÍA, MADRE DE DIOS.

26. *Santidad de María.*—Dos son las partes, lector carísimo, que contiene la oracion del Ave María, de las cuales, habiendo explicado la primera, es muy justo que nos hagamos cargo de la segunda. ¡Ah! ¡quién pudiera penetrarla un poco! Todo cuan-